

IN MEMORIAM

MIS 12 AÑOS JUNTO AL MAESTRO BERNARDO A. HOUSSAY

Alfredo O. Donoso, Director del Laboratorio de Investigaciones Cerebrales, Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Nacional de Cuyo, LINCE-CONICET.

"El trabajar intensamente es la manera de corresponder a las esperanzas y sacrificios que la colectividad y cada uno de sus miembros hacen para sostener instituciones y puestos destinados a la investigación. El ocuparlos significa una responsabilidad seria, un honor muy grande y la obligación de trabajar."

(B. A. Houssay, 1961)

Este año 1987 se conmemora el natalicio del gran maestro de la ciencia argentina y universal, Bernardo A. Houssay. Me pareció de interés general, y especialmente para los jóvenes, que sus discípulos comenten sus vivencias junto al Maestro, y por eso resolví hacerlo a través de las páginas de esta revista.

No me parece necesario reseñar los antecedentes de Houssay ya que no alcanzaría un libro o inclusive una biblioteca para tal finalidad; esto ya se ha hecho en forma abreviada mediante un libro editado en 1981 por la Academia Nacional de Ciencias Exactas. Por lo tanto me remitiré sólo a lo que experimenté a su lado, lo que mostrará la personalidad de un gran hombre dedicado hasta los últimos momentos de su vida a la ciencia.

Lo conocí en circunstancias muy difíciles, en los años cincuenta, cuando Houssay desarrollaba sus tareas fuera de la Universidad, principalmente en su Instituto privado (Instituto de Biología y Medicina Experimental, Fundación Sauberman). Sin embargo, mantenía un estrecho contacto con todos los que nos interesábamos en la ciencia mediante las reuniones mensuales de la Sociedad Argentina de Biología realizadas en la Asociación Médica Argentina en Buenos Aires y a través del desaparecido Instituto Católico de Ciencias.

En el primer lugar, y atraídos poderosamente por su personalidad y los trabajos que él y sus discípulos presentaban, concurría habitualmente junto con un numeroso grupo de estudiantes y graduados. En las conversaciones que teníamos con él, su pregunta era,

invariablemente, ¿cómo está la Facultad? Seguramente lo hacía para conocer nuestras opiniones y no para informarse, pues tenía buenos contactos que lo ponían al tanto de todo. En el Instituto Católico de Ciencias, fundado por el Dr. Eduardo Braun-Menéndez, uno de sus más brillantes discípulos, asistí a varios cursos que Houssay y su grupo dictaron sobre temas de Endocrinología. Debo señalar que no era muy didáctico para presentar los temas, pero se le entendía bien porque traía a las clases abundantes gráficos, diapositivas, etc. Por otra parte, la comprensión aumentaba enormemente al consultar la bibliografía profusa que él nos indicaba. Esta costumbre la conservé para el resto de mi vida.

A pesar de los contratiempos políticos (Houssay expulsado de la Universidad, vigiladas las reuniones científicas por personeros del ministro del Interior) Houssay mantuvo con fervor y entusiasmo en nosotros el amor por la ciencia, y pensando siempre en la continuación de su obra, no aflojó. Yo tampoco aflojé.

En 1955, luego del cambio de gobierno, el Dr. Houssay volvió a la Universidad y a su Instituto de Fisiología con todo el honor que merecía por haberse quedado en el país y luchado por sus ideales. Junto a él y con algunos de sus discípulos, y muchos jóvenes de mi generación, me tocó volver a mí. Realmente en 1955 comencé de manera concreta mi carrera científica.

Cuando me entrevisté con él por primera vez en la Facultad me propuso trabajar en temas de metabolis-

mo y tiroides. Me indicó que consultara la metodología con una discípula suya y en las semanas siguientes me citó a su casa para el domingo, donde me facilitó todas las referencias que disponía sobre el tema en su biblioteca particular. Fue, sin duda, el recibimiento más cálido que un joven estudiante podía aspirar de un científico de la talla de Houssay. Esos trabajos formaron parte luego de mi tesis doctoral. Houssay conservaba en aquellos años su total vigor intelectual (tenía 68 años). Era increíble su memoria. En una oportunidad, antes de realizar uno de sus muy frecuentes viajes, nos recomendó utilizar agua destilada sobre vidrio para realizar unos estudios en preparaciones de vasos y corazón aislados, a efectos de eliminar metales que pudieran falsear los resultados de las perfusiones. A su regreso, la primera pregunta que nos formuló fue si habíamos conseguido el agua y qué resultados habíamos tenido. Por otra parte, la originalidad de sus ideas y su extraordinaria dedicación eran insuperables. Si bien mantenía la severidad que le había caracterizado en épocas anteriores, estaba algo atenuada por la edad, lo que nos favorecía en el trato diario con él.

Cuando me gradué en Medicina me trasladé desde la Facultad al Instituto de Biología y Medicina Experimental, Centro que conservó en previsión de cambios políticos que frecuentemente influían sobre la Universidad. Compartí la inauguración del nuevo edificio. Houssay estaba radiante con el otorgamiento del mismo por el Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública en 1958. Comenzó a funcionar en 1959.

En ese Instituto viví mis mejores años jóvenes compartiendo todos los días mis actividades con las de Houssay, tanto las mañanas como las tardes. Con posterioridad, durante las tardes, Houssay se dedicaba con ahínco a la estructuración del CONICET. De esta institución fui uno de los primeros becarios y luego uno de los primeros en ingresar a la carrera del Investigador Científico.

El día del maestro comenzaba muy temprano, ya en su casa. A las 8 llegaba al Instituto (ahora IBYME) y hacía una recorrida general antes de realizar sus operaciones en perros o dedicarse de lleno a sus papeles en el escritorio. A esas horas del día no encontraba a muchos trabajando, ni tampoco a mí. A veces se quejaba que llegábamos tarde, pero nosotros tratábamos de demostrarle que desde las 10 hasta las 21 eran las horas de nuestra mayor productividad. Si bien nunca lo convencimos del todo, no nos molestaba y toleraba nuestro punto de vista, sobre todo cuando le recordábamos la frase de Unamuno, "empiezo tarde, pero estoy todo el día despierto", y además que el Dr. Leloir llegaba a su Laboratorio instalado encima del nuestro, no antes de las 11 horas. Su concepto sobre nosotros mejoraba aún más cuando venía por el Instituto en horas de la noche o los domingos, en que siempre encontraba a alguno de nosotros completando algún experimento.

Asistí con el Dr. Houssay (o Don Bernardo, como algunos mayores le llamaban) a numerosos Congresos. Uno de los primeros en mi carrera fue el memorable 1er. Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas, en Punta del Este, Uruguay, en 1957. Para llegar al Uruguay viajamos durante la noche en el vapor de la Carrera, que zarpó del puerto de Buenos Aires. En la mañana siguiente, al llegar a Mon-

tevideo, el recibimiento a nuestra delegación, que representaba a la Argentina por primera vez luego de años de persecución a los científicos, fue apoteótico. Estaba en el muelle el embajador argentino, Dr. Alfredo L. Palacios, tradicional rival, pero gran amigo de Houssay, quien nos recibió con un encendido discurso, como solía hacerlo siempre, y nos saludó a cada uno en particular (éramos más de 60) diciéndonos a los que estábamos más cerca de Houssay aproximadamente las siguientes palabras: "Para merecer al Maestro tenéis la obligación de superarlo". Nos corrió un escalofrío, porque tal tarea era prácticamente imposible, dado que Houssay era insuperable. Al menos todos tratamos de hacerlo, la mayoría no lo conseguimos. Sólo recuerdo esta vez y una segunda en ocasión del Congreso de Endocrinología en Washington que un embajador de la Nación nos recibiera de esa manera. Se trató de Alvaro Alsogaray en 1968. Tengo la impresión de que pocas veces una delegación argentina de científicos fuera recibida de tal manera por su embajador y su familia. Tal proceder no se debió sólo a la presencia de Houssay, pues en ocasión de otros Congresos realizados en esos años, otros investigadores fueron también recibidos por los embajadores; esa costumbre, que se perdió en los años 70, esperamos se reinicie pronto apoyando los viajes de los investigadores a los Congresos Internacionales como una manera efectiva de promover la imagen de nuestro país.

LA FORMACION CIENTIFICA DE HOUSSAY

Siempre se ha afirmado que Houssay fue un autodidacta. Realmente lo fue a partir de una sólida instrucción humanista y una preparación general en ciencias desde pequeño. Estos valores le permitieron desde muy joven acceder al método científico. Siempre estuvo influenciado por las ideas de Claude Bernard, que complementadas por su rigor científico, notable para la época, produjeron el hombre de ciencia que conocí. Era tanta la admiración del Dr. Houssay por el sabio francés que en varias oportunidades nos dio conferencias, y una de ellas, la más extensa sobre Bernard, fue grabada y se conserva en la Academia Nacional de Medicina. Sentía especial placer comentando los principios fundamentales de la obra de Claude Bernard y en ocasiones uno sentía que hablaba a través de los párrafos de sus obras, en especial cuando le mostrábamos los resultados estadísticos de nuestros experimentos. Al igual que Bernard, Houssay desconfiaba cuando las diferencias entre los grupos de animales no eran notorias. Insistía siempre sobre el cuidado que debíamos tener de las condiciones experimentales y no era difícil que antes de verificar los efectos de una hormona o droga no se detuviera a examinar los datos de los testigos o controles. Houssay visitaba casi a diario mi laboratorio y me preguntaba sobre mis resultados y proyectos. Yo además aprovechaba su visita para conocer las novedades que se habían producido en el extranjero sobre lo que hacía. Esto se explica porque el maestro acudía a numerosos congresos y reuniones. Además consultaba todas las revistas que llegaban al Instituto, las llevaba a su casa. Quiero agregar que uno podía hablarle en cualquier momento, ya que Houssay renegaba del protocolo y tenía abiertas siempre las puertas de su escritorio, a toda hora. Marcada diferencia entre el sabio y algunos de nuestros funcionarios. En ocasiones me pidió dia-

positivas de mis trabajos para mostrarlas y consultar con sus colegas en el extranjero, durante los Congresos. A su regreso me hacía los comentarios pertinentes.

Cuando fui becario en el exterior recibí semanalmente sus cartas, que contenían extensos detalles de lo que sucedía en el Instituto y en el país (noticias Científicas). Algunas de esas cartas manuscritas las redactó durante sus viajes aéreos. Respecto a la corrección de los manuscritos de trabajos para publicación siempre fue incisivo y detallista y era difícil que se le escaparan los principales conceptos de la discusión y de las conclusiones. Asimismo, defendía luego con ardor el trabajo frente a los comentarios de los árbitros de las revistas. Tengo numerosas anécdotas acerca de esto, pero no puedo extenderme demasiado en el presente artículo.

SUS IDEAS Y LOS HECHOS POLITICOS DEL PAIS

Puede definirse al Dr. Houssay como un conservador tradicional imbuido de ideas liberales. Sin embargo, fue muy respetuoso de las ideologías de los demás, a las que en muchas oportunidades subordinó las suyas para bien de la ciencia, pero no ocultó nunca su aversión al peronismo debido a la anterior y enconada persecución que sufrió y que ya he comentado. Aceptó acompañar al presidente Frondizi al exterior como representante de la ciencia, y tuvo diálogos amistosos con el presidente Illia relacionados con la marcha del CONICET, el que dependía de la Presidencia de la Nación. No aceptó las prepotencias iniciales del gobierno militar de Onganía, del que denunció atropellos cometidos con científicos en un encendido pero meduloso discurso en el Congreso de Fisiología de Mar del Plata en agosto de 1966. Ese Congreso, y a pesar de los sucesos de aquellos días, sesionó sin problemas demostrando la entereza de los investigadores argentinos.

Ahora un párrafo dedicado a Houssay como jefe de familia y como persona. Houssay tenía un profundo amor a su esposa Angélica, a quien perdió en 1962. Profesaba también una gran devoción a sus tres hijos, a los que ayudó en sus carreras de medicina, y luego colaboró, a veces en demasía, en la elaboración de sus Tesis de Doctorado. Era creyente, asistía los domingos a misa, pero respetuoso de las convicciones

de los demás. Fue muy afectuoso con las familias de los investigadores y atento con las esposas. Siempre estuvo presente en los nacimientos de nuestros hijos, recordaba sus nombres y generalmente las fechas. En mi caso, su regla nemotécnica era la fecha de nacimiento de sus nietos, los hijos de Raúl. Además fue padrino de casamiento de varios de nosotros, lo que en oportunidades compartió con su esposa.

Los logros científicos del Instituto en los años 50-70 fueron abundantes, como lo prueban las Memorias que el propio Dr. Houssay escribía. Se formó toda una generación de investigadores, los actuales planteles de directores de proyectos y del cuerpo de profesores de las Universidades. También hubo aquellos que, por diversos motivos, emigraron y son ahora destacados científicos en centros del extranjero.

Cuando decidí instalarme en Mendoza, cortando el cordón umbilical, Houssay no creyó que sería por mucho tiempo. Esto se lo hizo saber al jefe del Departamento Carrera del CONICET. Sin embargo se equivocó, pues eché raíces aquí y pude continuar con su obra con un Laboratorio pujante que hoy sería su orgullo. Lo vi varias veces, tanto en Buenos Aires como en Mendoza cuando visitó la Universidad de Cuyo, y por última vez con vida cuando se reponía de una caída que sufrió en el Aeropuerto Pudahuel de Santiago de Chile. No se recuperó y por el contrario su salud se deterioró rápidamente, falleciendo en 1971. Le di mi último adós un 21 de setiembre, por coincidencia el "Día de la Primavera".

Según un pensador (no recuerdo el nombre, tal vez sea yo mismo), es discípulo quien:

- Coincide plenamente con los ideales de su maestro.
- Puede disentir con él en los procedimientos, pero no con los ideales superiores de su maestro.
- Es capaz de continuar su obra a través de una actividad creativa propia.

Entiendo que para cumplir esos postulados es necesario compartir durante mucho tiempo, al lado de su maestro, las tareas diarias, sus alegrías y sus penas, las rutinas y las originalidades. Por haber vivido a su lado todas esas circunstancias es que me sentiré siempre discípulo de Bernardo A. Houssay.